

na de San Pedro la plena potestad del imperio así celestial como terreno; potestad, no civil y judicial; pues el Papa trataba entonces con los electores y con Carlos acerca de los límites del imperio y de sus propios Estados, sino meramente directiva y ordinativa, tal como Gerson la reconoce en el Soberano Pontífice y que de seguro no equivale al poder de disponer soberanamente de lo temporal; potestad, en cuya virtud el Papa declaraba que tal ó cual príncipe, por sus crímenes para con la sociedad cristiana, se había hecho indigno de gobernar pueblos cristianos; y después apreciaba así la legitimidad de las elecciones en el imperio como la fé y costumbres de los hombres llamados á gobernar las naciones. El día 25 del mismo mes de julio fué coronado Carlos en Bonn, porque no quisieron admitirle en Aquisgran.

En 26 de agosto siguiente acabó triste pero honrosamente sus días el rey de Bohemia cuando apenas había llegado al término de sus deseos con la elevación de su hijo. Emparentado con los reyes de Francia por su muger Beatriz de Borbon, y manteniéndose constante en su amistad con Felipe de Valois, pasó, sin embargo de que estaba ciego, á socorrer á este príncipe contra el formidable Eduardo, rey de Inglaterra. Se dió la batalla en los campos de Creci en Ponthieu, y habiendo sabido que estaba perdida sin remedio, hizo que le llevasen en medio de la refriega, donde murió con el duque de Lorena, los condes de Alençon, Flandes, Blois y San Pol, teniendo la misma suerte otras muchas personas de distinción y más de veinticinco mil combatientes (1346).

Con esto el emperador su hijo se vió en posesión de la Bohemia, y en plena libertad de aprovecharse de sus ricos dominios para resistir á Luis de Baviera. Desde luego quiso ilustrar este reino, estableciendo en la ciudad de Praga, su capital, una uni-

versidad que por la capacidad de sus individuos y su celo por las ciencias floreció por espacio de cincuenta años (1347). Mas no tardó en verse acometido por un rival furioso. Defendióse Luis al principio con no menos ventaja que empeño; y hubiera vuelto la Alemania á sumergirse en todos los horrores del cisma y de la rebelión, si una providencia severa con respecto al príncipe y llena de misericordia para con la multitud, no hubiese alejado con la muerte repentina de aquel las calamidades que, reiteradas tantas veces en la misma nación, habrían producido inevitablemente su ruina. Acababa de nacerle un hijo el día 2 de octubre del año 1347, y con la alegría que le causó este suceso salió por la mañana á caza, cuya diversion le gustaba en extremo. A eso del medio día, cuando corría á caballo por alcanzar á un oso, le acometió de repente una apoplejía, según se cree, cayó en tierra, y murió de allí á un breve rato por un justo castigo del cielo. Aunque no había sido absuelto de las excomuniones fulminadas por dos Papas, no dejó por eso de ser enterrado en Munich con todas las ceremonias eclesiásticas y con el aparato acostumbrado en los emperadores, por los cuidados de su hijo Luis, marqués de Brandeburgo. Por consecuencia de esta catástrofe quedó Carlos de Luxemburgo poseedor pacífico del imperio, á lo menos por algún tiempo.

En el mismo año aconteció en Constantinopla una revolución obrada de un modo no menos tranquilo. Juan Cantacuzeno, que se había hecho ya coronar en Andrinópolis por Lázaro, patriarca de Jerusalem (1341), y tenía inteligencias secretas en la capital del imperio de Oriente, entró en ella de noche á 7 de enero de 1347 con tan buen orden que no se derramó una gota de sangre. Había dado aquella noche la emperatriz Ana, madre del joven emperador Juan Paleólogo,

un gran banquete en celebridad del triunfo que acababan de conseguir los sectarios de Gregorio Pálamas en una especie de concilio en lograron que se depusiese al patriarca Juan de Apri. En medio de la alegría que se siguió á este banquete, causó una turbación súbita la llegada de Cantacuzeno, á quien la emperatriz opuso por algún tiempo una resistencia vana. Reconoció en fin por emperador, pero en segundo lugar después de ella y de su hijo, con lo cual pareció que Cantacuzeno quedaba satisfecho. Aquellos mismos sectarios, cuyo triunfo causaba la alegría pública de la corte, eran sin embargo el alma de la facción que más había contribuido á facilitar á Cantacuzeno la entrada en Constantinopla. Seditiosos y vengativos como todos los partidarios, recordaban que la emperatriz les había sido contraria, y que había puesto preso á su jefe Pálamas, como perturbador de la Iglesia; y si después los había ella favorecido, fué para humillar al patriarca Juan que con sus pacíficos consejos se había captado la animadversión de esta princesa. Prometíanse, pues, una protección menos sospechosa de parte del nuevo emperador, ó contaban solo con esas vagas ventajas que todos los sectarios esperan de las mudanzas y revoluciones (1).

Los palamitas eran unos herejes, ó por mejor decir, unos fanáticos visionarios que con su jefe Pálamas habían tenido su origen en las soledades sombrías y melancólicas del monte Athos. Dábaseles también el nombre de hesicastas ó quietistas onfalopsycos, esto es, hombres que tienen el alma en el ombligo, y el de nuevos mesalianos. Esta última denominación es una crítica terrible de sus principios acerca de las costumbres. En cuanto á sus absurdas especulaciones puede formarse de ellas alguna idea por las antiguas leccio-

nes de su precursor el abad Simeon, que están concebidas en los siguientes términos (1): «Cuando estés solo en tu celda, cierra la puerta y siéntate en un rincón. Allí, teniendo tu alma elevada sobre todas las cosas terrenas, haz caiga tu barba sobre tu pecho, fija los ojos del cuerpo y del espíritu sobre el medio de tu vientre (es decir, en el ombligo; que de aquí vino á estos extravagantes contemplativos el nombre de onfalopsycos). Contén tu respiración hasta por las narices, prosigue el fanático maestro, y busca en tus entrañas el lugar del corazón que es la residencia de las potencias del alma. Al principio hallarás allí tinieblas, difíciles de penetrar; pero merced á una perseverancia sostenida de día y de noche descubrirás una infinidad de maravillas que te colmarán de un gozo y de una felicidad inalterables. Luego que tu espíritu haya encontrado el lugar del corazón, vé las formas de todos los seres, que están patentes en el corazón; se vé á sí mismo radiante de luz y lleno de discernimiento.»

Gregorio Pálamas, jefe de estos visionarios, gloriábase de ver con los ojos mortales la esencia divina por medio de una luz que llamaba él divina é increada, pero que sin embargo no era Dios (2). Era (según decía) la luz, cuyo resplandor no habían podido sufrir los Apóstoles en el monte Tabor, cuando se verificó la transfiguración del Salvador del mundo. No obstante ser tan irreligiosos estos despropósitos que hasta rayaban en idolatría, pues daban por increada una cosa que no era Dios, los defendió con tanto empeño el clero de Constantinopla, que habiéndolos denunciado en un concilio como heréticos el abad Barlaam cuando volvió de Roma, fué condenado él

(1) Allat. de Cons. pag. 829.

(1) Niceph. Greg. XIX, c. 1; Cantac. 2, c. 39.

(2) Ibid.



mismo, especialmente en lo relativo á la luz del Tabor; lo que fué causa de que tomase la resolucíon de retirarse á Italia, fijando su residencia en Calabria, que era el país donde habia nacido. ¡Tanta era la preocupacion de los griegos contra las luces que podian irles de Occidente, y tales tambien los lamentables extravíos á que les empujaba su eismática aversion! Algunos de ellos condenaban á los palamitas como enemigos de la doctrina antigua, y otros les favorecian como instrumentos propios para sus designios é intereses particulares. Todos andaban á tientas, á consecuencia de la inestabilidad que es inevitable cuando se abandona la regla fija y únicamente segura de la fé, esto es, el centro de la autoridad y de la unidad católica.

El emperador Juan Cantacuzeno se valió tambien de los palamitas para asegurar su dominio, aunque sin dejar de implorar el auxilio del Papa y de los príncipes latinos. En lugar de Juan de Aprí, depuesto del patriarcado, hizo que se nombrase á Isidoro de Monembasia, que era uno de los principales sectarios de Pálamas, porque aun cuando hubiese querido elegir á este último, no hubiera podido á causa de la mala reputacion que tenia. Mas ya que no obtuvo aquella dignidad, le nombraron para el arzobispado de Tesalónica, donde no quisieron admitirle los ciudadanos. El mismo Isidoro habia sido depuesto de la silla de Monembasia y excomulgado como palamita; por lo que se reunieron un gran número de obispos, y volvieron á anatematizarle con todos los que pensasen del mismo modo que él, cuya sentencia fué generalmente confirmada en todas partes por cartas de obispos y presbíteros, especialmente de Alejandría, Antioquía, Trebisonda, Chipre y Rodas. Creyó, sin embargo, Cantacuzeno que se haria mas respetable si repetia la ceremonia de su coronacion este patriarca

despreciado, quien revocó al mismo tiempo la excomunion fulminada en las últimas turbulencias contra cualquiera que reconociese al nuevo emperador. Mientras hacia Isidoro esta declaracion desde el púlpito, le insultaban altamente sus numerosos contrarios, y se decia por todas partes que era cosa ridícula que un hombre condenado por varios delitos pretendiese absolver á los demas. No fué mas dichoso este patriarca cuando, por aumentar su partido, ordenó á una multitud de ignorantes en lugar de los presbíteros y de los obispos que se habian separado de su comunión. Tales eran el régimen y la dignidad de la gerarquía en la Grecia cismática. Los palamitas se sostuvieron muchos años mediante la proteccion de Cantacuzeno; pero no se volvió á hablar de ellos desde el punto en que este emperador se vió precisado á renunciar el gobierno.

En Italia hallábase el reino de Nápoles en un estado no menos deplorable con la muerte funesta del rey Andrés, que fué ahogado al salir por la noche del cuarto de la reina Juana su muger (1), con la cual habia tenido continuas disensiones y disgustos (1345). Luego que Luis, rey de Hungría y hermano del desgraciado Andrés, tuvo noticia de este execrable parricidio, imputado á la reina por mil indicios que habia contra ella, acudió á vengar su muerte acompañado de un ejército formidable. La justicia de su causa le abrió las puertas de todas las ciudades, y los señores mas ilustres se apresuraron á rendirle homenaje. Juana huyó consternada á sus Estados de Provenza, desde donde pasó á Aviñon para justificarse del mejor modo que pudiese con el Papa, que se veia obligado á castigar la muerte del rey de Nápoles, vasallo suyo. Entretanto la peste, que asoló poco despues

(1) J. Vill. lib 12, cap. 3.

á toda Europa, se comunicó al ejército del rey de Hungría, y le obligó á abandonar el reino de Nápoles á los cuatro meses de su llegada. La reina Juana tomó inmediatamente el partido de volverse á él con el príncipe Luis de Tarento, con quien se habia ya casado, el cual no pudo conseguir entonces del Papa el título de rey de Sicilia. Juana, que necesitaba dinero para volver á Nápoles con fuerzas capaces de sujetar á los descontentos, vendió al Papa la ciudad y señorío de Aviñon el día 9 de junio del año 1348 en precio de ochenta mil florines, ó seiscientos setenta y dos mil libras tornesas, á pesar del juramento, que habia pronunciado algunos meses antes, de no enagenar ninguna parte de los dominios que tenia en Provenza (1). Pero la pertenecia en propiedad, como nieta que era del rey Roberto. Sin embargo, siendo todavia Aviñon feudo del imperio, se hizo que confirmase la venta el emperador Carlos IV, el cual mandó que los Papas fuesen dueños libres y absolutos de aquella posesion. Ya tenian tambien el condado venesino, cuya capital es Carpentras, desde la cesion que de él les hizo en 1272 el rey Felipe el Atrevido.

En el discurso del año 1348 hizo la peste horribles estragos en Italia (2), y particularmente en Florencia, donde desde el mes de abril hasta el de setiembre, en que se dió por estinguida, acabó con las tres quintas partes de sus habitantes; siendo uno de los ciudadanos mas notables que perecieron entonces Juan Villani, que escribió la historia de aquella república desde su origen hasta dicho año; historia que fué continuada por su hermano Mateo Villani. El contagio pasó rápidamente desde Italia á Francia y España, y en los dos años siguientes á Inglaterra, á Alemania y á lo interior del

Norte. En Paris fué tan grande la mortandad, que por espacio de mucho tiempo se llevaron diariamente mas de quinientos muertos desde el hospital general al cementerio de los Santos Inocentes: número prodigioso, si se considera la poca estension que tenia entonces la ciudad. A pesar de esto no carecian de socorros los enfermos, porque las religiosas que estaban dedicadas á su asistencia, lejos de acobardarse por el temor que es tan natural á su sexo, aumentaban, á proporcion del peligro, su cuidado y vigilancia y todas las atenciones de su caridad heróica; y aunque murieron muchas, eran reemplazadas al momento por otras á quienes servia de estímulo la suerte de las primeras (a).

(a) Fueron tan crueles, dice un autor, los estragos que hizo en España esta peste de 1348, que se halló por cuenta en Zaragoza que en el mes de octubre morian cada día cien personas; y Zurita, en el lib. 8, cap. 28, refiere que en Valencia, donde comenzó la peste por el mes de mayo, perecian en el siguiente junio trescientas personas diariamente. Pero todavia fué mayor y de mas consideracion la pérdida que este azote causó á España en el siguiente año 1350. El gran rey de Castilla Alfonso XI, sabidas las revoluciones que por aquel tiempo agitaban los Estados africanos, donde Abul Hassan o Alboacen fué destronado por un hijo suyo que nuestros historiadores llaman Abohanen y entre los africanos fué conocido por Almotwakil, juzgó que se le presentaba entonces la ocasion oportuna de reconquistar á Gibraltar. Hizo sus preparativos en 1349, púsole sitio por mar y tierra, y estando ya prontas á dar el asalto, se manifestó el contagio en el campo cristiano, ya fuese porque aún no se hubieran estinguido sus semillas, ya porque de África se comunicaran de nuevo. Por último, la peste atacó al rey, y á pesar de todos los remedios murió el viernes Santo 26 de marzo de 1350, á la edad de treinta y nueve años, siete meses y cuatro días, de los que habia reinado treinta y ocho años, seis meses y veintin dias. Su cuerpo fué depositado en la catedral de Sevilla, de donde mas adelante lo trasladó su hijo don Enrique II á Córdoba, como él habia ordenado. Tal fué y tan desgraciado el fin de Alfonso XI y último de este nombre entre los reyes de Castilla: príncipe de quien dice Mariana, «pudiera igualarse con los mas señalados del mundo, así en la grandeza de sus hazañas, como por la disciplina militar, y su prudencia aventajada en el gobierno, si no amancillara las demas virtudes y las oscureciera la incontinencia y soltura continuada por tanto tiempo. La afición que tenia á la justicia y su celo, á las veces demasiado, le dió cerca del pueblo el renombre que tuvo de Justiciero.» Cualquiera elogio que quisiéramos hacer de este gran monarca, es por demás á vis-

(1) Gall. christ. ed. 1715, tom. 1, pag. 322.

(2) Matth. Vill. cap. 14.